

El fútbol: reflejo permanente de la diversidad nacional del estado español desde sus orígenes

Football: a Permanent Reflection of the National Diversity of the Spanish State since its Inception

EKAIN ROJO-LABAIEN

Grupo de Investigación NOR

Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea UPV/EHU (España)

Correspondencia con autor

Ekain Rojo-Labaien

ekain.rojo@ehu.es

ekainster@gmail.com

Resumen

El caudal simbólico del fútbol y su capacidad derivada de representación de identidades colectivas y nacionales lo convierten en un amplio objeto de estudio interdisciplinario que las ciencias sociales han recuperado en las últimas décadas. El evento del fútbol se encarna además de como objeto de investigación sociológica, también como método científico para obtener nociones presentes y futuras sobre el devenir de las organizaciones políticas dentro del siglo XXI lleno de incertidumbres. Este artículo realiza un análisis histórico del fútbol español para así abordar la diversidad y el conflicto entre las naciones dentro de España y de la misma manera la evolución contemporánea de los estados en general.

Palabras clave: fútbol, conflicto, homogeneidad, diversidad, estado-nación e incertidumbre

Abstract

Football: a Permanent Reflection of the National Diversity of the Spanish State since its Inception

The symbolic flow of football and its capacity derived from representation of collective and national identities mean it is a broad subject of interdisciplinary study which the social sciences have recovered over recent decades. In addition to being a subject of sociological research, the event of football is also a scientific method for obtaining present and future ideas about the prospects of political organisations in a 21st century that is full of uncertainties. This paper provides an historical analysis of Spanish football in order to address diversity and conflict between the nations within Spain and by the same token the contemporary evolution of states in general.

Keywords: football, conflict, homogeneity, diversity, nation state and uncertainty

Introducción

Es innegable la capacidad de atracción del fútbol en las sociedades modernas y la realidad contemporánea del estado español es un ejemplo nítido de ello. Los estados actuales son construcciones sociales y políticas diversas que caminan en la incertidumbre caracterizadora del siglo XXI. Una era donde las anclas de sentido perpetuo anteriores como la preponderancia de la religión y el poderío hegemónico y homogéneo del estado-nación forman parte del pasado. No obstante, el fútbol, un espectáculo mediático social nacido en Inglaterra en el si-

glo XIX como consecuencia de la evolución civilizadora de la sociedad industrial (Elias, 1989) y la ruptura con los juegos del medioevo (Darbon, 2008), perdura con vigor extraordinario ante los profundos cambios acaecidos en las últimas generaciones. En este sentido, este artículo, que tiene su origen en un apartado de la tesis doctoral realizada y defendida por el autor en mayo de 2013, pretende analizar la importancia del fenómeno futbolístico precisamente en los pueblos que componen el estado español. Asimismo utiliza la influencia social de este deporte como herramienta para completar un

Artículo realizado en el marco de la Convocatoria de ayudas para la contratación de doctores recientes para su integración en programas de formación postdoctoral de la UPV/EHU.

análisis histórico y político de las relaciones contemporáneas entre los diferentes pueblos de España. Y es que el autor sostiene, compartiendo el siguiente razonamiento del antropólogo francés Christian Bromberger, que el fútbol se convierte a su vez en un afamado vector de investigación sociológica. Es apropiado utilizarlo de esta manera para vislumbrar el presente y el futuro de las organizaciones políticas actuales. Es decir, la visión del estado-nación tradicional que sigue equiparando el estado a la nación y su incierta evolución futura hacia la gestión de la diversidad.

Tras la apariencia de una diversión insignificante con la que se suele relacionar, el fútbol se edifica como uno de los puntos de vista más significantes sobre la vida contemporánea. Lenguaje masculino de referencia, trascendiendo generaciones y regiones, relacionando lo singular con lo universal, confrontando el mérito con la suerte, “nosotros” y ellos”, el partido de fútbol aparece como una de las matrices simbólicas de nuestro tiempo (Bromberger, 1995, p. 377)

Concerniente al estudio específico de la relación de las naciones dentro del estado español, el fútbol es un reflejo clarificador desde su eclosión en los años 1920 en España de la composición diversa de este territorio político que perdura hasta nuestros días. Y eso pese al esfuerzo centralizador del estado-nación español constituido en oposición a las otras realidades nacionales sin estado existentes. En efecto, el fútbol se constituía como espectáculo social en la posterioridad de la Primera Guerra Mundial en España como en la mayor parte de Europa. En los países del continente el número de espectadores se triplicó por tres y según Pierre Lanfranchi (2002, p. 18) la masificación del fútbol fue testigo de la revalorización de los nacionalismos. Y fue en la época posterior, en los años de entreguerras, cuando el fútbol internacional adquirió la ceremonia previa de la escenificación de los himnos nacionales en los partidos (Dietschy, 2011, p. 38).

Y en ese tiempo acompañaba en España la necesidad de regeneración del estado-nación español tras la pérdida del vestigio colonial, y también el impulso de los nacionalismos periféricos, es decir, el vasco y el catalán. En este contexto necesitado de signos y símbolos de reivindicación y representación colectiva es cuando se fragua, por lo tanto, el entusiasmo colectivo de la sociedad con respecto a este deporte foráneo. Andrew Michael McFarland (2004) sostiene en su te-

sis doctoral dedicada a la aparición de la pasión por el fútbol en los pueblos del estado español, que los primeros clubes inventaron tradiciones para acaparar la atención de los ciudadanos y forjar su identificación con el equipo. Se encarnaron a sí mismos como representantes de regiones, barrios y clases sociales a través de la utilización de confrontaciones, colores, banderas y, por lo general, una amalgama de símbolos, lo que produjo por primera vez una expectación de masas por el fútbol (McFarland, 2004, pp. 222, 273).

Efectivamente, ya en el siglo XIX el fútbol había sido uno de los mayores precursores, una de las fuerzas motrices, en las Islas Británicas de la masificación del balompié, a saber, su capacidad, para representar y aglutinar las identidades colectivas y nacionales, dentro de una época de industrialización que preconizaba el individualismo en las organizaciones humanas. Según Christiane Eisenberg (2006), el fútbol se benefició de esa tendencia individual mientras se contraponía a ella (p. 23). El deporte, antaño de carácter aristocrático, se convirtió así en una expresión de ocio del pueblo, siendo un eje de identificación para los trabajadores de las fábricas, y para los nuevos barrios y grandes urbes albergadores de una gran cantidad de inmigrantes de diferente procedencia (Bromberger, 1998, p. 44). Eric Dunning, que junto con su compañero e investigador predecesor Norbert Elias es considerado como uno de los sociólogos más influyentes en el ámbito del deporte, razona convenientemente que la capacidad del fútbol de fuente de identificación y de unión colectiva radica en su característica inherente de oposición (Dunning, 1989, p. 293). Un aparente conflicto binario que suscita la identificación con uno de los bandos en liza repleto de símbolos colectivos. Norbert Elias y Eric Dunning (1989, p. 58) explican que esa contienda mimética logra recrear y satisfacer emociones humanas primitivas sin riesgo alguno y notablemente en un contexto colectivo. Y completando ese argumento, Christian Bromberger concluye que para vivir plenamente las emociones generadas por el deporte es necesaria una adhesión con uno de los equipos representativos enfrentados (Bromberger, 1998, p. 30). Así el fútbol se encarnó como un sustento emocional y representativo en una época fuertemente nacionalista como el periodo de entreguerras de la década de los años 1920 y rodeada por el auge de los medios de comunicación que propugnaron esta estrecha relación. Y, muy especialmente en España donde el estado-nación español se enfrentaba a los proyectos políticos nacionales recientes de las comunidades del País Vasco y Cataluña en una

época de pesadumbre nacional tras la pérdida de las colonias en Cuba y Filipinas y la compleja situación en el norte de África.

Metodología y marco teórico

Por lo tanto, el objetivo de este artículo es demostrar la fundamental unión, incluso la causa efecto, entre el duradero auge del fútbol en el estado español y la necesidad de representación colectiva de las naciones en su seno, en un ámbito notablemente diverso y plurinacional. Es decir, la influencia del hecho social del fútbol en España más que en otros países de su entorno radicaría en su capacidad de representación de las diferentes adhesiones nacionales que confluyen en el territorio. Esa diversidad de pertenencias de España que tiene un vector de expresión primordial en el fútbol es un estudio de caso interesante y pertinente para analizar en la totalidad la actualidad y el futuro de los estados nación y de las organizaciones políticas a medio plazo mediante el deporte. En efecto, como Anthony Smith, uno de los autores más reconocidos en lo que respecta al estudio de la formación y regeneración de las naciones, teoriza (2009, pp. 119-120), los flujos globales han obligado a cambiar la formación clásica homogénea del estado-nación, en la dirección novedosa de un estado-nación posclásico que acepte las necesidades de las comunidades étnicas y naciones en su interior. La percepción empírica del fútbol del estado español se encarna en este sentido como un espacio de conocimiento sociológico para vislumbrar la evolución de las organizaciones políticas humanas diversas en el siglo XXI que apenas ha debutado.

La metodología empleada en este artículo se basa en gran medida en el repaso histórico de la relación entre la eclosión social del fútbol y la representación colectiva y nacional, completando una visión de generalidad que desemboca en la actualidad. Se trata, no obstante, de un estudio interdisciplinario dentro de las ciencias sociales, ya que el fútbol permite abordar y demanda tener en cuenta acercamientos propios de investigaciones históricas, sociológicas, políticas o de la comunicación. Así, es necesario fijar de antemano la amplia visión que defiende este autor sobre el complejo y a veces contradictorio fenómeno social que rodea a la disputa de este deporte (Rojo-Labaien, 2013a). En efecto, sirve a su vez de objeto de investigación como también de elemento científico de análisis social. Es suficiente un análisis comparativo de la realidad y de la utilización del fútbol

en el mundo –el autor la llevó a cabo en su tesis doctoral– para concluir que el evento del fútbol supera las lecturas simplistas de opio del pueblo. Un conocimiento a través del análisis comparativo e histórico que permite abordar el fútbol como fuente de expresión colectiva y nacional casi en cualquier rincón del mundo. La siguiente línea de argumentación de Pierre Brochand es clarificadora de ello:

Tanto que se refiera a naciones recientes donde el fútbol funciona como unión social primordial: es el caso en cierta medida de África y América del Sur. O del mismo modo, por el contrario, si se refiere a naciones viejas, un poco cansadas, donde el fútbol es uno de los últimos refugios de exteriorización del sentimiento nacional: es el caso particular de las naciones europeas (Brochand, 1998, p. 77).

Es notorio además, en tanto que dispone de un fuerte caudal identitario, el carácter amplificador del conflicto social del fútbol. Efectivamente, Montesquieu (1734) había declarado que si dentro de una sociedad no es percibido el ruido de un conflicto, se puede estar seguro que en ella no hay libertad. Es esa función de expresión de minorías nacionales mediante el fútbol la que se resalta con el repaso al transcurso del fútbol español, enfrentándose con la lectura funcionalista de opio del pueblo, con la que se ha juzgado vehementemente al deporte. Así se enfrentan dos visiones, contradictorias, pero también complementarias del fútbol. El deporte como herramienta de expresión popular, por un lado, y como utilidad del poder del estado para conseguir sus objetivos políticos, por otro. No obstante, es cuando menos limitado circunscribir el deporte a esa segunda vertiente, ya que, como sostiene el antropólogo Christian Bromberger (1995, p. 196), los aficionados al fútbol no son idiotas culturales ni fanáticos dirigidos por alguna élite, incapaces de disponer de un juicio crítico sobre el mundo que les rodea, ni concerniente a las construcciones nacionales. El estudio de caso de la España plurinacional mediante el fútbol también nos permite contradecir dicha aseveración. Y en el mundo hay también notorios ejemplos de ello. Por ejemplo, en la Copa de Confederaciones organizada por la FIFA en Brasil en el año 2013 como antesala del Mundial de 2014, la gran afición de los brasileños por el fútbol y la selección nacional, no fue obstáculo para que estos protestaran por la creciente carestía de los transportes públicos mientras el Gobierno hacía fuertes inversiones en los eventos deportivos.

La invención del estilo nacional español en los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920

El periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial fue la era de la masificación del fútbol tal y como lo conocemos hoy. En misma medida, y no casualmente, era la época donde se forjaba simbólicamente la nítida unión del fútbol con la representación de las naciones. Casi en exclusiva con la expresión de las naciones poseedoras de estado, siguiendo las directrices fijadas por la FIFA desde su comienzo en 1904. En efecto, la arquitectura del fútbol internacional limitaba la representación a las naciones que disponían de estado propio, forjando así simbólicamente el poder de la forma de organización política proveniente del Tratado de Westfalia de 1648. Por lo tanto, el estado-nación español podría beneficiarse de la herramienta de expresión de identidad nacional que le ponía a su disposición el incipiente fútbol de masas. El evento de fútbol dentro de los Juegos Olímpicos de Amberes de 1920 tuvo una influencia notable en ese sentido. En efecto, era la primera vez que la selección nacional de España se enfrentaba a los representantes de otros estados en una competición de ese deporte y ésta obtuvo el segundo puesto (González Aja, 2002, p. 179).

Los periodistas belgas que asistieron a los partidos del equipo de España definieron el juego agresivo de sus jugadores con la expresión *la furia española*, que databa del saqueo de la armada española en 1576 de esa ciudad de Amberes. Los periodistas españoles dieron por buena esa representación de su identidad nacional con el fútbol, y no tardaron mucho en difundirla (Relaño, 2001, p. 36). En efecto, la socialización de la prensa escrita fue contemporánea a la difusión del fútbol y al auge de los nacionalismos, y estos medios de comunicación ahondaron en el binomio entre deporte y representación colectiva para difundir su mensaje en la sociedad envolviéndolo en un contexto dramático. Inventaron supuestos estilos nacionales; es decir, un juego colectivo en el terreno de juego que tendría relación directa con la forma de ser imaginaria, o predispuesta de cada comunidad nacional o estado (Dietschy, 2011, p. 38). Esta unión fue estructurada de tal manera que, como subraya Albrecht Sonntag (2008, pp. 154-155), ni los mayores eruditos o los poseedores de estudios avanzados la pondrían en cuestión. Se convirtió en una aseveración hecha natural que unía más si cabe el fútbol con la representación nacional y se le añadía la función primordial de los medios de comunicación.

La prensa española hizo un gran seguimiento de la competición de fútbol encuadrada en los Juegos Olímpicos

de Amberes del año 1920, dado que era la primera vez que la selección española de fútbol ostentaba la representación del estado-nación fuera de sus fronteras. De este modo, el evento deportivo serviría para fortalecer el orgullo herido de la nación española por una parte, pero al mismo tiempo afloró desde ese preciso instante el conflicto identitario entre las diferentes naciones dentro del estado. Según Phill Ball (2010, p. 29) los periodistas de Madrid criticaron el hecho de que la primera representación española futbolística internacional estuviese compuesta por una mayoría de jugadores del País Vasco. Ciertamente, esta comunidad y sus clubs habían sido los más precoces a nivel estatal en lo que a este deporte se refiere. En efecto, el historiador John Walton (1999, p. 261) defiende que la influencia del País Vasco en el estado español como terreno de asentamiento del fútbol es tan grande como la de la región de Lancashire en Inglaterra donde se cifra el nacimiento del fútbol. Phill Ball (2010), en su análisis del fútbol español sostiene que la federación española trató de dejar fuera del equipo representante del estado a los jugadores vascos, y estos, por otra parte, intentaron formar un grupo solamente formado por futbolistas de ese origen (pp. 31, 155). Es aventurado inferir de esa querencia por una selección vasca incipiente una conciencia de carácter nacionalista vasca. No obstante, se puede considerar este signo de enemistad como uno de los primeros símbolos de oposición entre la idea de confluencia de un equipo de estado-nación español y las selecciones nacionales periféricas. Ese conflicto de la composición del equipo se agudiza, además, con más fuerza a medida que el fútbol adquiere en pocos años cada vez más poder de representación internacional y uniéndose así claramente a las visiones nacionalistas existentes en las comunidades españolas.

La utilización del fútbol como herramienta de construcción del estado-nación en la dictadura y espacio de contraposición para los nacionalismos periféricos

Con la dictadura de Miguel Primo de Rivera el estado-nación español tenía como objetivo revitalizar el nacionalismo español debilitado por el fin del imperio colonial del siglo anterior. También tenía un afán centralizador que contrapondría la reciente evolución de los nacionalismos vasco y catalán y perseguía culminar la

construcción nacional española. Así, el espacio simbólico del fútbol se convirtió ya en los años que siguieron a la toma del poder de Primo de Rivera en 1923 de espejo de conflicto nacional en el estado. El partido disputado en el estadio de Les Corts de Barcelona el 14 de junio de 1925 entre el Fútbol Club Barcelona y el Júpiter de esa misma ciudad ante miles de espectadores albergó un acontecimiento que transcendía lo futbolístico. La orquesta de la armada británica fue invitada a tocar en el descanso, y ésta optó por producir el himno español, acto que suscitó la pitada de miles de personas. Cabe recordar que, ya durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera, el estadio catalán se había convertido en un espacio de libertad donde se podían airear banderas y símbolos nacionalistas y utilizar la lengua catalana en público, que estaban prohibidas por la dictadura militar. Después del breve y convulso periodo de la Segunda República las cuatro décadas de dictadura del General Franco retomaron esa misma tendencia centralizadora, donde el fútbol volvió a ser un terreno opaco, diferente, donde se plasmaría precozmente el hecho plurinacional del estado que el régimen quería desterrar.

Aquel día del año 1925 el Barcelona reforzó su carácter catalanista tras haber sido creado y compuesto por futbolistas extranjeros anteriormente. Los abucheos al himno español del público asistente propiciaron que la orquesta británica optase por producir su propio himno, el *God Save the Queen*, el cual los aficionados recibieron entonces con aplausos. La dictadura suspendió las actividades del equipo de fútbol por seis meses, por la razón de haber propiciado un acto que había ultrajado el himno español, y Joan Gamper, el presidente del club, fue obligado a dejar el país (Ball, 2010, p. 84). La liga de fútbol española se constituiría cuatro años más tarde, en 1929, cuando la profesionalización del fútbol se hacía inevitable.

El auge centralizador del estado-nación dio breve paso a una época, la de la Segunda República, donde la influencia social del nacionalismo vasco y catalán era cada vez más grande, y el auge contemporáneo del fútbol fue un ejemplo de ello. La contienda entre los nacionalismos en el estado junto con la disputa entre la izquierda y la derecha terminó por propiciar el golpe de estado militar contra el orden legítimo republicano refrendado por los ciudadanos cinco años antes. En un artículo titulado *Fútbol sin política* Jacinto Miquelarena trasladó la visión crítica del bando franquista sobre la influencia del fútbol en la República. Era el primer ejemplar del diario deportivo *Marca* editado en diciembre de

1938, cuando aún no había acabado la Guerra Civil española. Miquelarena aborrecía los nacionalismos –según él separatistas– que destruían a su juicio la unión nacional española. Así, partiendo desde el título demandaba la separación del fútbol de la política. Según el prisma franquista, el fútbol debería ser un espacio sin pasiones y conflictos para que fuese el símbolo de la unión española. El fútbol habría sido utilizado políticamente para satisfacer contrariamente las reivindicaciones regionales, lo que él definía como uso político desdeñable del deporte que el futuro régimen fomentó desterrar. En el siguiente fragmento del artículo el autor deplora las expresiones colectivas diversas acaecidas en los estadios durante la Segunda República:

El fútbol era entonces una orgía de las más pequeñas pasiones regionales y de las más viles. Lo dije claramente. Casi todo el mundo era separatista –y grosero– frente a un match para el Campeonato de España. El bizcaitarrismo se daba tan bien en las gradas de San Mamés como en la tribuna de Chamartín. En la mayoría de los casos, el madrídista era un bizcaitarra de Madrid; es decir, un localista, un retrasado mental [...] (Miquelarena, 1938).

Miquelarena aceptaba sin dudar que la liga de fútbol había sido el reflejo desde sus inicios del carácter plural del estado español al mismo tiempo que dicha competición plasmaba la visión de territorialidad del estado-nación. En ese mismo primer ejemplar de *Marca*, el general Moscardó, nombrado delegado nacional de deportes en el territorio bajo dominio franquista, dio a conocer el futuro emplazamiento del deporte en la dictadura. Su designación fue un premio a la resistencia de las tropas bajo su mando del asedio del Alcázar de Toledo. Siguiendo la índole de su nombramiento, el general Moscardó anunció que las federaciones de fútbol serían designadas por el gobierno dictatorial y que tomaría las decisiones que estimase en beneficio de la patria (Bahamonde Magro, 2002). Por lo tanto, el bando franquista y la próxima dictadura condenaban el uso político del deporte en cuanto reflejase expresiones de índole regional o nacional que fueran contraproducentes para la construcción homogénea del estado-nación español. Pero, al mismo tiempo, la designación política de la dirección del deporte y el uso del fútbol para que reflejase la unión nacional eran objetivos notorios y expresados que perseguiría el régimen, sin que considerasen como uso político indebido alguno del balompié.

Entre otras medidas para desterrar el carácter plurinacional del estado, el franquismo ordenó, tras la victoria obtenida en la guerra en 1939, españolizar las denominaciones extranjeras de los clubes tales como el Atlético de Bilbao en vez de Athletic de Bilbao y Club de Fútbol Barcelona en lugar del originario y actual Fútbol Club Barcelona. Obligó también a incluir a miembros falangistas en la directiva de todos los clubes. Los jugadores de los equipos vascos, de este modo, también se adelantaron en los primeros años en ese ambiente franquista, realizando el saludo fascista en los prolegómenos de cada encuentro (Shaw, 1987, p. 189). El asentamiento de la dictadura propició también inevitablemente el fin prematuro de la selección vasca de fútbol. En efecto, aunque el Fútbol Club Barcelona había realizado previamente una gira de partidos por América del Sur, fue la evolución de partidos que efectuó la selección de Euskadi durante la Guerra Civil española la que tuvo una notoria influencia política y social, en cuanto a que efectuó los dos mayores objetivos que el Gobierno Vasco recientemente constituido se había propuesto: recaudar fondos para ayudar a los niños refugiados en el extranjero y propagar la existencia y la causa del pueblo vasco en todos los países en los que el conjunto vasco disputase partidos internacionales (Gotzon, 1998, p. 45). La gira transcurrió entre 1937 y 1939 y el equipo representante del País Vasco disputó encuentros en el continente europeo primero y en América del Sur después ante miles de espectadores, antes de desintegrarse a causa de la victoria franquista en la guerra.

La representación internacional del País Vasco generó fricciones en la FIFA dada su concepción de aceptar solamente una selección por estado; es decir, validar únicamente los equipos representantes de los estados naciones. Así llegó incluso a prohibir que cualquier selección del estado español participase en partidos internacionales durante la Guerra Civil (Dietschy, 2010, p. 225). La constatación de índole plurinacional del estado por parte del fútbol es la que el franquismo trató de remediar con cuatro décadas de dictadura y diferentes generaciones, sin llegar a lograrlo plenamente, como se empezó a translucir incluso en los primeros años de la posguerra. La función del fútbol sería la de unir las masas a la nación –la asistencia de público se acrecentó en la posguerra– y propagar la idea de una “nueva España” dirigida al exterior (González Aja, 2002, p. 189). Los falangistas que ostentaban el poder del fútbol mediante la

Delegación Nacional de Deportes de Falange Tradicionalista y de las JONS defendían la capacidad del fútbol para unir los diferentes pueblos que componían España (Dietschy, 2010, p. 367). El franquismo igualaba de ese modo el empleo político del deporte realizado por estados de toda índole en el mundo. Trataría de fortalecer la unión nacional en su territorio haciendo desaparecer las particularidades nacionales y, a su vez, intentar transmitir la superioridad española en el enfrentamiento con otros representantes nacionales. No obstante, el equipo nacional como expresión simbólica de un régimen que se había mostrado proclive al nazismo y al fascismo fue apartado de los encuentros internacionales (González Aja, 2002, p. 190). Eso dificultó la utilización del deporte para fomentar el orgullo nacional internacionalmente hasta el primer Mundial disputado en la posguerra en 1950 en Brasil. El gol del delantero vasco Telmo Zarra a Inglaterra incrustó esa edición en la memoria colectiva de muchos españoles, mediante la retransmisión radiofónica del evento de Matías Prats, ya que la representación de once jugadores del estado-nación español había batido a la representante de una nación extranjera como Inglaterra que la mantenía apartada en el ámbito internacional, y esto fue tomado como venganza (Ball, 2010, p. 169) y fuente de orgullo patriótico.¹

Sin embargo, la Copa de España, bautizada como Copa del Generalísimo en la dictadura, en su edición de 1943, puso de manifiesto ya un rasgo del signo plurinacional diverso subyacente en España. Aunque cualquier atisbo de reivindicación política en la posguerra era casi una quimera, la semifinal entre el Barcelona y el Real Madrid exacerbó las pasiones y las enemistades nacionales latentes que el poder franquista quería evitar a toda costa. El partido de ida lo venció el Club de Fútbol Barcelona por 3-0 pero, más allá del resultado, el ambiente de crispación en contra del equipo procedente de la capital del estado fue lo más reseñable. La prensa madrileña censuró el comportamiento de los aficionados catalanes y, en el encuentro de vuelta, se suscitó un ambiente proporcional contrario al equipo de Barcelona. El Real Madrid venció por el resultado de 11-1. Como concluye el historiador francés Paul Dietschy (2010, p. 367) el conflicto entre los dos equipos y las dos aficiones dilapidó la función de unión y de reconciliación que el franquismo le había asignado al fútbol. Ángel Bahamonde sostiene que la reacción de los aficionados

¹ Esta dedicatoria patriótica y ofensiva con Inglaterra realizada a Franco por el presidente de la Federación de Fútbol Armando Muñoz Calero suscitó la indignación inglesa y a la postre la dimisión del presidente: “¡Excelencia! ¡Hemos vencido a la Pérfida Albión!” (cfr. Relaño, 2001, p. 92)

fue imprevisible y que efectivamente contrarió al régimen en tanto que éste trataba de trasladar una visión del fútbol sin pasiones y conflictos como reflejo de la unión nacional (Bahamonde Magro, 2002). Después de lo acaecido, unos años más tarde, en 1948, el régimen franquista demandó a los periódicos que solamente relatasen los detalles del transcurso de cada partido, y también prohibió publicar cualquier altercado del encuentro que pudiera recrear enconamientos entre las aficiones y translucir un conflicto existente (Adán Revilla, 1998, p. 111).

Duncan Shaw, que analizó detalladamente el significado del fútbol durante la dictadura, y Teresa González Aja están de acuerdo en razonar que el régimen franquista interiorizó verdaderamente en la década de 1950 la posibilidad que le proporcionaba la fascinación que suscitaba el fútbol en la sociedad para promover una imagen de paz social. Trataría con ello de alejar a los ciudadanos de las reivindicaciones políticas y sociales. Para entonces, el fútbol se había instituido previamente como un espectáculo social primordial (Shaw, 1987, p. 110). Cuando la televisión llegó a España en el tardío octubre de 1956 fue cuando el franquismo trató notablemente de usar el deporte para su beneficio (González Aja, 2002, p. 201); es decir, el recurrente adormecedor u opio del pueblo para demostrar la unión pacífica dentro del estado-nación español. Precisamente, en la década de 1950 se fraguó la era triunfal del Real Madrid, que se convirtió de hecho en la mejor representación de la España franquista en el exterior por delante de los escasos triunfos de la selección nacional, exceptuando la victoria en la Copa de Europa de selecciones nacionales acogida en Madrid en 1964.

En la eclosión del Real Madrid, más allá de las sospechas de una cierta connivencia del régimen franquista mediante el arbitraje (Dietschy, 2010, pp. 363-364; Shaw, 1987, p. 54), tuvo un factor determinante en el fichaje del delantero argentino Alfredo Di Stefano que había llegado a debutar con el Barcelona. Con la llegada en 1953 del que es considerado como uno de los mejores jugadores de la historia, el Real Madrid venció doce de las siguientes diecisiete ediciones de la liga española. Y, sobre todo, cinco campeonatos de la recientemente creada Copa de Europa que propició el auge de la representación internacional española. Según el periodista deportivo Alfredo Relaño (2001, pp. 107-108) no es cierto que el franquismo intercediese para que Di Stefano participase en el Real Madrid, y propiciase su era exitosa como representante

de la nación española. Sin embargo, Phill Ball sostiene que es muy posible que la dictadura hubiese influido de algún modo en el complejo fichaje del delantero argentino por el Real Madrid, cuando el Barcelona – el abanderado de la comunidad catalana que se había mantenido leal a la República española– también lo pretendía (Ball, 2010, pp. 114-115). Cualquiera que fuese la realidad histórica, el Real Madrid repleto de jugadores extranjeros transmitió una imagen positiva primordial para la dictadura. Así se lo transmitió José Solís, el ministro responsable de deportes, a los jugadores antes de un partido de Copa de Europa en Luxemburgo: “Gente que antes nos odiaba nos comprende gracias a vosotros” (cfr. Dietschy, 2010, p. 370). Al mismo tiempo, el Barcelona entraba en unos años de escasos éxitos deportivos que achacaba a la mano negra del franquismo.

El resurgimiento de la España plural en los estadios de fútbol

Siguiendo el razonamiento de Teresa González Aja (2002, p. 200), no era de extrañar que el espacio del fútbol fuese donde resurgiesen de nuevo en los años 1960 las expresiones nacionales distintas al estado-nación. Durante el siglo xx había sucedido en numerosos países del mundo donde las libertades individuales y colectivas eran coartadas, que el estadio se convertía en el último vestigio de la diversidad política y social que se enfrentaba a la querencia de homogeneización del estado-nación. Así, a la nación española encarnada por el Real Madrid se le enfrentaron simbólicamente el Barcelona, representante colectivo de Cataluña, y el Athletic de Bilbao y la Real Sociedad de San Sebastián como símbolos del País Vasco que aglutinaban pertenencias nacionales a medida que el franquismo dibujaba una apertura. Por lo tanto, los años de dictadura no habían podido transformar el ser plurinacional del territorio español y el fútbol, que había sido el reflejo de ello desde sus inicios, fue uno de los signos más evidentes. En las directivas de esos clubes se fraguó un cambio generacional y, en vez de los falangistas de la década de 1940, dirigían los clubes personalidades sensibles a los movimientos políticos y culturales vascos y catalanes. Así, el presidente de la Real Sociedad José Luis Orbegozo decidió expedir en euskera junto a la lengua castellana las entradas de los partidos, y animó a los jugadores a aprender la lengua vasca (Shaw, 1987, pp. 191, 193). Del mismo modo que durante la época dictatorial de Primo de Rivera,

la función representativa de Cataluña del Barcelona se agudizó. El estadio del Camp Nou propiciaba el uso del catalán en público y la expresión de banderas y símbolos proscritos en la sociedad (Kennett, 2006). Jimmy Burns Barañón enfatiza la característica política duradera del club:

En la época de Franco hubo directivos que colaboraron con el régimen, pero la masa social nunca dejó de considerar el club como último refugio de los valores tradicionales de Cataluña. La política corre por las venas del Barça como una energía vivificadora, y es lo que lo convierte en la pasión de un pueblo (Burns Barañón, 1999, p. 430).

En el País Vasco se acrecentaba una tendencia similar. Según Phill Ball (2010, pp. 110-111), Franco se habría dado cuenta de que no podía desterrar la diversidad nacional del estado y utilizó el fútbol para dar cauce a las reivindicaciones, sin que estas supusiesen un peligro para la supervivencia del régimen, lo que resulta un argumento que minimiza la importancia del carácter representativo del fútbol, a mi juicio, y también la capacidad de reflexión de las masas asistentes. Así, como precisa Duncan Shaw (1987, pp. 186, 192), la utilización política del fútbol se comenzaba a transformar en sentido contrario a la voluntad de la dictadura. En verdad, la capacidad del fútbol como herramienta de expresión de identidades nacionales y regionales seguía intacta pese a que el franquismo hubiese intentado privar al fútbol de las pasiones y enfrentamientos viscerales. En suma, el fútbol volvía a hacerse eco del característico conflicto de las sociedades modernas que la dictadura quiso ocultar.

La transición política que se sucedió entre la muerte del dictador Franco en 1975 y la constitución de la monarquía parlamentaria fue una época albergadora de cambios políticos y sociales que los graderíos de los estadios propagaron en gran medida. Manifestaciones sociales y notablemente de índole política, tanto en Cataluña como también en el País Vasco, donde la ikurriña, la bandera vasca, fue mostrada en público por primera vez por los jugadores de la Real Sociedad y del Athletic de Bilbao en San Sebastián el 5 de diciembre de 1976 tras cuatro décadas de prohibición. De hecho, el fútbol antecedió a la legalización de la bandera en enero de 1977. Duncan Shaw (1987, p. 194) subraya la tendencia que en la transición se repitiese en el País Vasco y Cataluña la unión entre las directivas, futbolistas y seguidores a favor de la democracia y la auto-

nomía política acaecida en los años 1936 y 1937. Y, a medida que el fútbol se convertía en vector de expresión de los nacionalismos, tanto del catalán y el vasco como del español, los partidos se convertían cada vez más en espacios de confrontación simbólica de colectivos nacionales y regionales. Una tendencia que el franquismo había intentado desterrar en cuarenta años después de haber condenado la representación de identidades en el fútbol de la República. Incluso esas manifestaciones habían dejado de ser símbolos de defensa de nacionalismos perseguidos para convertirse en la nueva época en expresiones demandantes de autonomía o la independencia (Castañón Rodríguez, 1993, p. 69). Esa tendencia se ha mantenido en los estadios hasta el siglo XXI.

El sociólogo Ramón Llopis Goig (2005, pp. 7, 8) sostiene que el fútbol evolucionó en dirección a un espacio plural y complejo, permitiendo a veces adscripciones contradictorias sin poner en riesgo la identidad nacional del estado-nación. El hecho que la competición de liga española refleje el territorio del estado español podría suscitar el pensamiento que en el fútbol resida una herramienta nacionalizadora donde efectivamente las demandas nacionalistas tienen cauce sin riesgo para la legitimidad de la pervivencia del estado-nación español. Sin embargo, los casos de la desintegración de la Unión Soviética y Yugoslavia piden modular tal aseveración. Las expresiones nacionales entorno a los clubes tales como el Dynamo de Kiev o el Dynamo de Zagreb precedieron la independencia de sus respectivas naciones de los citados estados plurinacionales.

En cuanto a la representación internacional, la selección de Euskadi resurgió en 1979, encuadrada en un festival para recaudar fondos a favor de la lengua vasca. La selección catalana le sucedió más tarde. En la década de 1990 estas dos selecciones defendieron tener una selección propia que representase su nación internacionalmente más allá de la disputa de partidos amistosos anuales. Estas reivindicaciones se toparon con la estructura de la FIFA omnipresente que legitima casi únicamente la representación de los estados, y también con La Ley del deporte española de 1990 que esgrimió que les corresponde a federaciones y selecciones españolas solamente el representar al conjunto del estado en el ámbito internacional. Las leyes del deporte acordadas por los parlamentos del País Vasco y Cataluña fueron aceptadas con grandes matices por el Tribunal Constitucional, exceptuando el fútbol. En efecto, en la resolución sobre el País Vasco precisaba

que la selección vasca sería validada “siempre que se trate de deportes en los que no existan federaciones españolas, y que, en ningún caso, se impidan o perturben las competencias del Estado de coordinación y representación internacional del deporte español” (cfr. EFE, 2012). El fútbol se adentraba nítidamente en el ámbito político.

En mayo de 2009, la final de la Copa del Rey entre el Athletic de Bilbao y el Barcelona en Valencia propició los silbidos mayoritarios de los aficionados vascos y catalanes a los símbolos del estado-nación, el rey y el himno. El evento atraía como es habitual la atención de los medios de comunicación del estado. El ente público español que retransmitía la final optó por emitir extraordinariamente el protocolo del himno en el descanso bajando ostensiblemente los silbidos. Al finalizar el partido, los jugadores del Barcelona que lograron la copa portaron la ikurriña simbolizando de esta manera la unión de las dos naciones sin estado en un evento que identificaba la monarquía y el estado-nación. Como en 1925, durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera en Barcelona, se repetía el acto de protesta generalizada contra el himno que encarnaba el estado-nación. Por lo tanto, y a pesar de haber transcurrido diferentes generaciones y sucesivas décadas de dictaduras centralizadoras, el fútbol se hacía eco de nuevo del conflicto entre las naciones existente en España (Rojo-Labaien, 2013b). La era victoriosa de la selección española entre 2008 y 2012 y la celebración de nacionalismo español que generó, aunque logró socializar la bandera española como algo positivo sin las connotaciones del franquismo, tampoco consiguió solapar las manifestaciones de las naciones periféricas. De hecho el mejor ejemplo de ello fue la evolución independentista de esta comunidad que culminó en la manifestación del 11 de septiembre de 2012, la fiesta nacional de Cataluña. El Barcelona reflejó ese cambio con mosaicos exclusivamente de la bandera catalana y con los numerosos gritos a favor de la independencia, exactamente a los 17 minutos y 14 segundos de cada parte, para recordar el año 1714, cuando Cataluña fue derrotada por los Borbones y desposeída de sus instituciones propias.

Conclusión

El fútbol como herramienta de investigación social permite vislumbrar y concluir la formación diversa y plurinacional inherente del estado español. Su capacidad

para generar identificaciones colectivas en confrontaciones aparentes abasteció desde su llegada la amplia necesidad de manifestación colectiva de las naciones en su seno y se convirtió así en un hecho social que suscitó la adhesión temprana de masas bajo cualquier sistema político. No es exagerado afirmar que el éxito del fútbol proviene sobre todo en España de su función aglutinadora de identidades regionales o nacionales. Los esfuerzos homogeneizadores realizados por el estado-nación español, sobre todo durante las dictaduras, no pudieron en el terreno del fútbol tampoco desterrar el conflicto originado de la pluralidad de las naciones; este surgió de nuevo frecuentemente a través de la pasión por el fútbol.

Se trata de un conflicto inherente a las sociedades modernas que el enfrentamiento simbólico en el fútbol permite acaparar y encarnar. El estado-nación, recuperando la reflexión de Anthony Smith, se dirige desde la idea de homogeneización –un estado-una sola nación– a un horizonte nuevo e incierto donde ha de gestionar la diversidad sin perder su legitimidad acuciada por la globalización. La respuesta proporcionada por el franquismo fue la de intentar extraer la expresión colectiva del fútbol en el interior y tratar de igualar así la nación y el estado. Se asemeja al juicio que hizo más tarde por ejemplo el gobierno de Australia en las Antípodas, cuando percibió que el fútbol representaba la pervivencia de la identidad nacional de los inmigrantes provenientes de Europa del este, frente a su idea de un estado-nación homogéneo. Chris Hallinan y John Hughson (2009, p. 6) sostienen que pese a los problemas creados por las relaciones interculturales complejas en el fútbol australiano, este refleja las tensiones inherentes a la realidad cosmopolita actual y válida así la negociación entre las culturas.

Así, pues, del análisis producido se sustrae la siguiente conclusión: el caso español es un signo nítido de la imposibilidad de sustraer la representación nacional interna del fútbol para igualar el estado con la nación. Las organizaciones políticas deberán saber gestionar la diversidad nacional en su seno adentrándose en un terreno desconocido para ellos, y el fútbol seguirá siendo un vector sociológico para testar y percibir esa incierta evolución.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias

- Adán Revilla, M. T. (1998). Ultras e hinchas: Política y violencia en el fútbol en España (1982-1997), *Política y Violencia en el fútbol* (pp. 107-129). Consejo Superior de Deportes.
- Bahamonde Magro, A. (2002). *El Real Madrid en la historia de España*. Madrid: Santillana Ediciones Generales.
- Ball, P. (2010). *Morbo. La historia del fútbol español*. Madrid: T&B Editores.
- Brochand, P. (1998). Économie, diplomatie et football. En P. Boniface (Ed.), *Géopolitique du football* (pp. 73-80). Bruselas: Éditions Complexe.
- Bromberger, C. (1995). *Le match de football. Ethnologie d'une passion partisane à Marseille, Naples et Turin*. Paris: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Bromberger, C. (1998). *Football, bagatelle plus sérieuse du monde*. Paris: Bayard Éditions.
- Burns Marañón, J. (1999). *Barça: la pasión de un pueblo*. Barcelona: Anagrama.
- Castañón Rodríguez, J. (1993). *El lenguaje periodístico del fútbol*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Darbon, S. (2008). *Diffusion des sports et impérialisme anglo-saxon: De l'histoire événementielle à l'anthropologie*. Paris: Éditions Maison des Sciences de l'Homme.
- Dietschy, P. (2010). *Histoire du football*. Paris: Perrin.
- Dietschy, P. (2011). Les avatars de l'équipe nationale: Football, nation et politique depuis la fin du 19ème siècle. *Vingtième Siècle Revue d'Histoire* (111), 35-47.
- Dunning, E. (1989). El deporte como coto masculino: notas sobre las fuentes sociales de identidad masculina y sus transformaciones. En N. Elias & E. Dunning (Eds.), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (pp. 323-342). México: Fondo de Cultura Económica.
- Eisenberg, C. (2006). Le football comme phénomène mondial. En O. Compagnon & P. Dietschy (Eds.), *Football, sport mondial et sociétés locales* (pp. 8-23). Paris: Alternatives Économiques.
- EFE (26 de abril de 2012). Las selecciones vascas podrán competir internacionalmente si España no tiene representación. *Diario Vasco*. Recuperado de <http://www.diariovasco.com/rc/20120426/deportes/mas-deporte/selecciones-vascas-podran-competir-201204261713.html>
- Elias, N. (1989). Un ensayo sobre el deporte y la violencia. En N. Elias & E. Dunning (Eds.), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (pp. 185-212). México: Fondo de Cultura Económica.
- González Aja, T. (2002). La política deportiva en España durante la República y el Franquismo. En T. González Aja (Ed.), *Sport y autoritarismos. La utilización del deporte por el comunismo y el fascismo* (pp. 169-202). Madrid: Alianza Editorial.
- Gotzon, J. (1998). *Euskadiko futbol selekzioaren historia*. Bilbao: Beitia.
- Hallinan, C., & Hughson, J. (2009). The beautiful game in Howard's 'Brutopia: football, ethnicity and citizenship in Australia. *Soccer & Society* 10(1), 1-8. doi:10.1080/14660970802472627
- Kennett, C. (2006). Barça: ¿Contenido para los medios, mediador o símbolo? Barcelona: Portal de la Comunicación InCom-UAB.
- Lanfranchi, P. (2002). Football, cosmopolitisme et nationalisme. *Pouvoirs* (101), 15-25.
- Llopis Goig, R. (2005). Claves etnoterritoriales de la historia del fútbol español. En *X Congreso de Historia del Deporte*. Sevilla.
- McFarland, A. M. (2004). *Creating a National Passion: Football, Nationalism, and Mass Consumerism in Modern Spain* (Tesis doctoral inédita). University of Texas at Austin, Austin.
- Miquelarena, J. (21 de diciembre de 1938). Fútbol sin política. *Marca*. Recuperado de http://www.elmundo.es/elmundodeporte/especiales/2002/02/centenario/1938_5.html
- Montesquieu (2008). *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence : suivi de, Réflexions sur la monarchie universelle en Europe*. Paris: Gallimard.
- Relaño, A. (2001). *El fútbol contado con sencillez*. Madrid: Maeva.
- Rojo-Labaien, E. (2013a). *Futbola eta hedabideak bikoia nazio nortasumen joko zelai garaikidea: XIX.mendetik XXI.menderako aingura* (Tesis doctoral inédita). Universidad del País Vasco UPV/EHU, Leioa.
- Rojo-Labaien, E. (2013b). The Media and the Construction of National Identities in Basque football: Basques and Catalans Booming the Spanish Anthem in the 2009 Cup Championship Final. *The International Journal of Sport and Society*, 3(3), 31-42.
- Shaw, D. (1987). *Fútbol y franquismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. D. (2009). *Ethno-symbolism and Nationalism: A cultural approach*. Londres & New York: Routledge.
- Sonntag, A. (2008). *Les Identités du football européen*. Grenoble: Pug.
- Walton, J. (1999). Football and Basque identity: *Real Sociedad of San Sebastián, 1909-1932. Memoria y Civilización* 2, 261-289.